

4.3-13

GALDÓS BAJO LAS BOMBAS. SANTANDER 1936-1937

José Ramón Sáiz Viadero

El día 22 de julio de 1936 era la fecha exacta fijada para la llegada a Santander del Presidente de la República, don Manuel Azaña Díaz, y aprovechando su estancia estival proceder a la culminación de un viejo anhelo de un sector de la sociedad santanderina: la toma de posesión de la finca "San Quintín" adquirida a la hija de Benito Pérez Galdós, y la puesta a disposición de las autoridades locales para que pudiera cumplir la función de Casa-Museo, con su biblioteca, manuscritos y recuerdos de casi un cuarto de siglo de vida galdosiana.

San Quintín fue la residencia construida a expensas de Galdós, años después de que, a partir de una primera estancia durante el verano de 1871,¹ el novelista canario decidiera pasar los veranos en el Norte y, más concretamente, en Santander. Desde antes de haber fallecido su propietario, a comienzos de 1920, ya se habían escuchado algunas voces reclamando la intervención de los organismos públicos antes de que se perdiera un monumento que había supuesto el principal punto de referencia cultural durante los veranos santanderinos.

Desde la primavera de 1893, fecha de su inauguración, hasta finales de septiembre de 1917, cuando don Benito franqueó por última vez la puerta que daba acceso al paseo que lleva su nombre, todos los veranos, con alguna pequeña excepción, se convertía la mansión en cenáculo de unos intelectuales y artistas que a la sombra del maestro celebraban sus tertulias vespertinas en la huerta con espléndidas vistas a la bahía santanderina.

Las paredes de "San Quintín" y también sus espacios abiertos habían sido testigos de innumerables encuentros y conversaciones, tanto literarias como teatrales, políticas y aquellas otras dotadas de la intrascendencia propia de su mera condición social o protocolaria.²

Pero la casa no solamente contaba con la historia de las personas que la visitaron sino que también es el lugar donde don Benito había escrito muchas de sus páginas literarias, conservadas en su interior, y también donde había ido acumulando una serie de objetos personales que la elevaban a la categoría de un auténtico museo. No es de extrañar, pues, que desde diferentes ámbitos, siempre minoritarios, se reclamara la posesión

pública de una finca que había sido transmitida por herencia a la única hija del escritor, María Pérez-Galdós, la cual, aunque nacida en Santander, residía con su familia adquirida en Madrid, aunque pasaba algunos veranos en la propiedad confiada al cuidado de Rubín, el fiel criado de don Benito, tan fiel que apareció muerto un día de 1929, con las llaves de la finca en la mano.

Después de muchas demoras, silencios políticos y dilaciones administrativas, finalmente habíase encargado a la persona de don Manuel Azaña Díaz, a la sazón Presidente de la República, la tarea protocolaria de tomar posesión de la finca en nombre del Estado y de la Diputación provincial, puesto que tanto uno como la otra formaban parte del acuerdo que se repartía la propiedad y consecuentemente se comprometía a hacer frente a los gastos derivados de esta adquisición. El presidente Azaña tenía pensado para aquel verano de 1936, gobernando el Frente Popular, veranear en Santander, siguiendo de esta manera la antigua costumbre de la familia real, residiendo en una magnífica mansión del Sardinero, cerca de "San Quintín", donde también habían residido circunstancialmente los reyes de España, antes de la toma de posesión efectuada en el verano de 1913 de la península de la Magdalena, enclave donado por el pueblo a los reyes con el fin de que establecieran en ella su residencia estival, vieja aspiración de las fuerzas vivas santanderinas.

Pero la fatalidad, en forma de insurrección armada, iba a dar al traste con el proyecto para "San Quintín", tan largamente acariciado como dilatado desde que surgieron las primeras iniciativas allá por el año 1919, y que de haberse conseguido materializar hubiera complementado perfectamente desde un punto de vista intelectual la labor que venían desarrollando tanto la Biblioteca Menéndez Pelayo, donada en 1912 por su propietario al pueblo de Santander, como la Universidad Internacional de La Magdalena, inaugurada en el verano de 1933 en las instalaciones incautadas a la Familia Real por el régimen republicano.

Así, pues, el golpe militar no solamente impidió la llegada a Santander del presidente Azaña, sino que también frustró la toma de posesión de la finca próxima a la Magdalena. Frustración que se arrastraría en el transcurso de los años de la posguerra civil, hasta que finalmente sus propietarios, cansados de la situación creada, decidieron vender a un particular montañés tanto el solar como la vivienda, trasladando el contenido de la misma a Madrid para después ser enviado a Canarias, donde en la ciudad de Las Palmas y en la vivienda de la familia Pérez-Galdós se creó el museo que nunca llegó a tener la ciudad cantábrica

Casi inexplicablemente, desde un punto de vista político y también el militar, la entonces provincia de Santander se mantuvo junto con sus vecinas del Norte leal a la República, en contra de las previsiones de los sublevados el 18 de julio. Durante trece meses resistió la presión del

autodenominado ejército nacional, hasta que el 26 de agosto de 1937, caída Euskadi dos meses antes, la ciudad se rindió a los italianos, con el general Bastico a la cabeza, y un conglomerado de tropas españolas, italianas y moras hicieron su entrada en las calles, aunque en la prensa nacional se silenciaría esta triple presencia.³

Durante los primeros meses de guerra, Santander había mantenido una vida cotidiana bastante ajena al ruido proporcionado por un conflicto bélico que más bien parecía desarrollarse en otro escenario paralelo, hasta el punto de que para algunas personas la calma manifestada mereció la denominación, procedente de una comedia benaventiana, de "ciudad alegre y confiada".

La vida teatral que había coincidido con el verano del golpe, continuó su existencia,⁴ pero cambiando a una programación más acorde con los vientos revolucionarios que la nueva situación propugnaba. Incautados algunos de los teatros, los colectivos políticos y sociales de izquierda tomaron la iniciativa y comenzaron a desarrollar una actividad que tendía a la formación y preparación revolucionaria de las masas. Unas masas que, por otra parte, se encontraban bastante inactivas, puesto que solamente los más jóvenes, en un principio, habían sido llamados para acudir a cubrir los frentes, y que éstos se encontraban a escasos kilómetros de las principales ciudades, de tal manera que el contacto con la retaguardia era muy frecuente.

Divididos entre funciones escénicas y cinematográficas, tres locales de gran cabida prestaban este servicio: El Teatro Pereda, Gran Cinema y María Lisarda Coliseum, además de servir para el caso circunstancialmente el Salón Victoria y el Salón Liceo, entre otros. El Casino del Sardinero, antiguo centro de recreo de la burguesía estival donde se estrenó en 1917 *Marianela*, pronto cambió su tradicional función recreativa por la de Hospital de Sangre para los heridos de guerra.

Durante el tercer mes de conflicto bélico, el colectivo de creación denominado Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios -vinculado a la Unión de Escritores e Intelectuales Revolucionarios-, se hizo cargo de la gestión del Teatro Pereda, un amplio coliseo a la italiana inaugurado en el centro de la ciudad en el año 1919, y con una cabida para alrededor de 2.000 personas, repartidas entre un patio de butacas y tres alturas correspondientes a otras tantas separaciones socio-económicas. Pasó automáticamente a denominarse Teatro del Pueblo, aunque siempre llevara como subtítulo el del nombre del costumbrista cántabro por el cual era conocido. Los precios de las localidades tenían como media, lo mismo para cine que para las representaciones teatrales, la cantidad de una peseta, por lo que resultaban asequibles para la mayor parte del público. Un público, en general, bastante desocupado, por cuanto la vida laboral había sufrido alteraciones debidas al clima bélico, incrementándose la pre-

sencia de los veraneantes rezagados con la de los refugiados que desde los primeros días de la sublevación llegaban huyendo procedentes de las localidades del norte de Burgos y Palencia.

Pronto dieron a conocer los componentes de la UEAR -entre los cuales se encontraban el rapsoda Pío Muriedas, el escritor Luis Corona, el pintor Antonio Quirós y el jovencísimo poeta José Hierro- los objetivos revolucionarios a cumplir con la incautación del Teatro del Pueblo.⁵ Pero éstos no se cumplen, porque no podían cumplirse: a los pocos días de haber hecho una declaración de intenciones, la realidad cotidiana se les echa encima y mediante otro escrito publicado en los periódicos proclaman su decisión de abandonar el proyecto de Teatro del Pueblo, con el fin de no entorpecer el desarrollo laboral del personal a sueldo destinado en el Teatro. En realidad, como nos informó en su día el propio Pío Muriedas,⁶ en el fondo de todo permanecían unas hondas e irreconciliables discrepancias sobre el sentido y la función del teatro, las cuales les separaban del comité de enlace formado por la UGT y la CNT para la explotación del coliseo, obligándoles a replantearse su visión del teatro y trasladarla a otros escenarios locales, mientras que el comité que regenta el escenario da entrada en el mismo a una compañía comercial procedente de Asturias. Durante todo el tiempo de guerra, cines y teatros del Norte se sirvieron del mismo material -humano o enlatado- para sus programaciones, dentro de un circuito muy limitado por las circunstancias.

La UEAR, a través de sus propios componentes y en colaboración con un grupo recién creado denominado "Fábula", integrado por gente de la FUE, llevaría a cabo tanto en la capital como en algunos lugares de la provincia diversas representaciones de *El bazar de la providencia*, de Alberti; *El secreto*, de Sender; *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega; *Antes del desayuno*, de O'Neill; un homenaje a García Lorca; *Herrumbre roja*, de autor soviético; *Crimen*, de Arderius. Es una concepción del teatro completamente distinta, por no decir opuesta, a la imperante, pero que no logra calar entre el público, acostumbrado a un tipo de comunicación más convencional desde los escenarios.

Esta comunicación llegará a partir del 21 de septiembre de 1936, cuando se presenta en el Teatro del Pueblo la Compañía de Comedia de Miguel Ortega, procedente del Teatro Dindurra de Gijón, con un amplio repertorio de obras que oscila entre la comedia y el drama, entre el juguete cómico más manido y la obra regeneracionista del Doctor Madrazo o del anarquista Emilio Carral. De esta compañía forman parte, además de su director, la primera actriz Teodora Moreno, el primer actor Joaquín Puyol, otra primera actriz María Luisa Gámez, Matilde Venegas y Miguel Artero. La función de presentación consiste en la obra de Valle Inclán *Las galas del difunto*, y días más tarde tiene lugar una sesión de "homenaje a Joaquín Dicenta, escritor del pueblo" con la representación de su conocido drama social *Juan José*, anatematizado a finales de siglo por los obispos integristas,

para después durante una programación que se mantiene a lo largo de los 65 días siguientes, representar sucesivamente un total de unas veinticinco obras, algunas de ellas en función de tarde y noche o repetidas en días posteriores.

Entre ese extenso repertorio, donde aparecen títulos de Dicenta, Benavente, Casona, Helios, Guimerá, Suárez de Deza, Paso y Abati, Carral, Madrazo, Navarro, etc., figuran tres títulos de Pérez Galdós: *Marianela* (1898), *La loca de la casa* (1892) y *El abuelo* (1897-1905). El día 30 de septiembre representan por vez primera *Marianela* -repetida el 6 de octubre-; el día 25 de octubre ponen en escena *La loca de la casa* -repetida el 29; casualmente, en ese mismo escenario se había representado *La loca de la casa* en junio de 1922, por la Compañía de Emilio Portes-, y ya en el mes de noviembre, los días 7, 8 y 13 se programa *El abuelo*. La primera de estas tres obras, adaptada para la escena por los hermanos Álvarez Quintero, transcurre en Cantabria y fue la última a la que asistió Galdós en 1917, mientras que las otras dos fueron escritas durante sus estancias en la finca de La Magdalena.⁷ Como si se tratara de acompañar a la obra del autor de *El abuelo*, se representa el drama regeneracionista titulado *El fin justifica los medios*, de Enrique Diego Madrazo, médico pasiego amigo de Galdós, que a sus 87 años todavía permanecía lúcido y perplejo ante el enfrentamiento civil.

Las representaciones tienen lugar coincidiendo con el primer período de bombardeos efectuados por la aviación nacional sobre la ciudad. Los civiles se dedican entonces a la construcción de refugios anti-aéreos y la población permanece a la escucha de la posible alarma de las sirenas para correr hacia tales refugios. A veces todo ocurre incluso en medio de una representación teatral, con el consiguiente pánico de los espectadores y también de los actores, que suspenden la representación. Incluso se da la circunstancia de que tales alarmas pueden ser injustificadas, puesto que la sirena de los barcos conectada en señal de saludo puede confundirse con la destinada a avisar de la presencia de aviones sobre el cielo santanderino. Pero la aviación nacional causa una auténtica tragedia la mañana del 27 de diciembre, cuando siembran de bombas varias zonas obreras causando más de setenta muertos, terror y desolación, desatándose a continuación una gran represión contra los presos derechistas que caen asesinados en número aproximado a los dos centenares en toda la región.⁸

Pero para entonces la Compañía de Comedias de Miguel Ortega ya hacía un mes que había abandonado la ciudad, después de su función de despedida celebrada el 27 de noviembre, y seguramente se trasladaría a Vizcaya, la tercera de las provincias del Norte que se mantiene fiel a la República. Cinco meses más tarde, algunos de sus componentes regresan a Santander bajo la denominación de Compañía de María Luisa Gámez, con un repertorio modificado, en el cual solamente aparece repetido el drama

Juan José, manteniéndose en cartelera sus obras durante algunas semanas, para desaparecer definitivamente con la llegada del verano.

La actividad escénica finalizó en junio de 1937. La ciudad conoce ya una resistencia desesperada y su población todavía ha aumentado más porque se ha sumado aquella que desde hace meses viene huyendo del País Vasco y que se acumula en calidad de refugiados en la capital de Cantabria.

El 26 de agosto de 1937 la ciudad se rinde oficialmente a los italianos y por la mañana hace su entrada el conglomerado de tropas que bajo la denominación del Ejército Nacional continúa su avance hacia Asturias: españoles, italianos, moros. Los españoles desfilan por la avenida principal y los italianos y moros lo harán algo más tarde por las arterias periféricas. Las tropas moras irán a parar a los alrededores de la casa de San Quintín, ya perdida para la ciudad.

Las bibliotecas de las organizaciones de izquierda son saqueadas y sus volúmenes van a parar a la hoguera. En los recientemente inaugurados locales del Ateneo Popular penetran los falangistas y acto seguido lanzan por las ventanas enseres y volúmenes, para caer todos ellos en una gran pira que se ha formado en la calle Pedrueca. Los *Episodios Nacionales*, con la bandera republicana en la portada de esa edición, son quemados ante la mirada regocijada del público partidario de los nacionales y atónita de los que no comprenden la mala relación existente entre libros y guerra,⁹ mucho menos entre una serie literaria de carácter patriótico y la hoguera. En realidad, no se lanzan los episodios a la hoguera, sino que es al propio Galdós a quien se purifica entre el crepitar de las llamas.

A los pocos días, el Dr. Madrazo, uno de los benefactores del Ateneo Popular y persona venerada entre las gentes progresistas, es detenido por las tropas de Franco y conducido a los almacenes de la Tabacalera, improvisada prisión que comparte con centenares de presos republicanos y de la cual saldrá en el año 1942 para fallecer en su domicilio a los pocos días: contaba entonces 92 años y era el último superviviente de la época galdosiana.

Unos años más tarde, "San Quintín" sería vendida a un particular, quien como si de una ceremonia de exorcisión se tratara, procedió a modificar completamente la estructura de la casa, arrancando también los árboles plantados en la huerta por el propio Galdós, que había adjudicado a cada uno de ellos el título de una de las obras escritas en aquel recinto, cumpliendo el viejo ritual seguido por el ser humano: tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol.

NOTAS

- ¹ Recientemente hemos podido localizar la primera referencia escrita acerca de la estancia de Galdós en Santander, donde coincidió con Gaspar Núñez de Arce. *Vid.* «Viajeros distinguidos», en *Boletín de Comercio de Santander*, 24/8/1871.
- ² Para una relación de las personas que pasaron por la finca, *vid.* mi trabajo «Los visitantes de San Quintín», en *Biblioteca San Quintín* nº 2, Ediciones Tantin, Santander, 1994, pp.67-77.
- ³ Sobre este episodio de la vida local, *vid.* los Capítulos 6 y 7 de mi trabajo titulado «Crónicas sobre la guerra civil en Santander», Institución Cultural de Cantabria, Santander, 1979, pp.119-143. Una reedición ampliada se encuentra actualmente en prensa.
- ⁴ Sobre la actividad cultural del verano *vid.* el capítulo 4 de mi trabajo citado, pp.67-92.
- ⁵ «Teatro Pereda», suelto publicado en *El Diario Montañés*, Santander 26/9/1936, p.2.
- ⁶ Conversaciones mantenidas con Pío Muriedas durante los años 70 y 80. Sobre su decisión de abandono, *vid.* el mismo periódico del día 30.
- ⁷ Para conocer la relación de las obras que Galdós escribió en "San Quintín", *vid.* mi trabajo citado, pp.78-82.
- ⁸ Sobre este episodio, *vid.* el capítulo 5 de mi libro sobre la guerra, pp.93-118
- ⁹ Testimonio personal comunicado por D. Federico Andrés Sarasúa hacia 1970 y corroborado recientemente.